

que no se dejó cegar por el miedo. Llega en buen momento.

Jaime Priede

El totalitarismo en el siglo XX*

La publicación, con ocasión del 80º aniversario de la Revolución de Octubre, de un *Libro negro del comunismo* redactado por un grupo de historiadores bajo la dirección de Stéphane Courtois, desencadenó en Francia un debate de gran amplitud. La obra se esfuerza por dibujar, a la luz de las informaciones de que hoy disponemos, un balance preciso y documentado del coste humano del comunismo. Este balance se cifra en cien millones de muertos,

* *Alain de Benoist*, Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989), Traducción de José Javier Esparza y Javier Ruiz Portella, editorial Áltera, Barcelona, 2005, 186 pp. *Laurence Rees*, Auschwitz. Los nazis y la «solución final», Traducción de David León y Luis Noriega, editorial Crítica, Barcelona, 2005, 440 pp. *David Solar*, La caída de los dioses. Los errores estratégicos de Hitler, editorial La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, 476 pp. *Simon Sebag Montefiore*, La corte del zar rojo, Traducción de Teófilo Lozoya, editorial Crítica, Barcelona, 2004, 854 pp.

o sea, cuatro veces más que el número de muertos que esos mismos autores atribuyen al nacionalsocialismo. El interés de este libro reside sobre todo en que se apoya en una documentación rigurosa procedente en parte de los archivos de Moscú, hoy abiertos a los investigadores. Ésa es la razón de que las cifras que en él se reflejan no hayan sido apenas impugnadas, y la conclusión de cualificados observadores es que «el balance del comunismo constituye el caso de carnicería política más colosal de la historia»; que el comunismo ha matado más que el nazismo, que ha matado durante más tiempo que él, que ha comenzado a matar antes que él y que, sin embargo, durante décadas ha mantenido, y todavía mantiene, adeptos en el mundo entero.

Partiendo de estos datos fidedignos, Alain de Benoist lleva a cabo 25 reflexiones, llenas de profundidad y sentido, sobre el totalitarismo (1917-1989): el horror supremo del siglo XX. Un único nombre —«totalitarismo»— define la pretensión de ambos a la «dominación total», a la sociedad pura, sin fisuras. «La comparación entre comunismo y nazismo es —escribe Benoist—, de hecho, no sólo legítima, sino indispensable, porque sin ella ambos fenómenos resultan ininteligibles». «El nazismo puede definirse —afirma el mismo autor—

como un anticomunismo que ha tomado de su adversario las formas y los métodos, empezando por los métodos del terror» (George Orwell ya subrayó que, en los años treinta, muchos se hicieron nazis por un motivado horror al comunismo, mientras que muchos se hicieron comunistas por un motivado horror al nazismo). Benoist matiza, tras su afirmación, que «comparar», no quiere decir «asimilar»: unos regímenes comparables no son necesariamente idénticos. «El nazismo —dice cargado de ironía— sería comparable a un asesino en serie, mientras que el comunismo sería como un altruista desdichado que mata a quienes pretendía socorrer. Al destruir vidas humanas, el nazismo, criminal por vocación, habría cumplido sus promesas y aplicado su programa. El comunismo, criminal por error, habría traicionado a los suyos». Es decir, las prácticas nazis procederían directamente de su doctrina, mientras que las del comunismo soviético constituirían la aplicación errónea de una ideología sana. En definitiva, el comunismo, pese a sus cien millones de muertos, podría describirse como un pensamiento del amor fraternal que ha caído en el odio sin haberlo querido; un proyecto honorable que ha terminado mal.

Que no termina de verse por qué habría de ser menos grave, o

menos condenable, matar a aquellos a quienes se les ha prometido la felicidad que matar a quienes no se les ha prometido tal cosa, es una de las 25 importantes reflexiones que el intelectual francés se hace. Hacer el mal en nombre del bien no es mejor que hacer el mal en nombre del mal.

Destruir la libertad en nombre de la libertad no es mejor que destruirla en nombre de la necesidad de suprimirla. Desde muchos puntos de vista hasta es peor.

Nazismo y comunismo han seducido a las masas mediante ideales diferentes, pero que podían parecer igualmente atractivos. Todo el problema viene de lo que la realización de tales ideales implicaba; a saber: en ambos casos, la erradicación de una parte de la humanidad. A Benoist le sorprende, en consecuencia, la diferencia de trato entre ambos totalitarismos. «Cualquier compromiso con el nazismo —comenta— desacredita absolutamente, mientras que los compromisos con el comunismo siguen siendo considerados faltas comunes y veniales».

No podemos olvidar que, a partir de 1941, la URSS participó al lado de los Aliados en la caída del nazismo, y que obtuvo de ello un crédito moral que, luego, nunca dejó de explotar. Después de 1945, la victoria sobre el nazis-

mo impidió cualquier interrogación sobre el totalitarismo vencedor, cualquier cuestionamiento de su legitimidad política y moral. Sin embargo, podemos enumerar seis criterios formales que caracterizan a todos los regímenes totalitarios: una ideología oficial que abarca todos los sectores de la vida social, un partido único enraizado en las masas, un sistema político organizador del terror, un control monopolístico de los medios de información y de comunicación, un monopolio de los medios de combate y una dirección centralizada de la economía. Alain Benoist finaliza sus 25 reflexiones con la siguiente advertencia: «La caída de los sistemas totalitarios del siglo XX no aleja el espectro del totalitarismo. Invita más bien a interrogarnos sobre las nuevas formas que éste podría revestir en el futuro».

Los nazis y la «solución final»

Hace sesenta años el mundo se horrorizó con el descubrimiento de la realidad de Auschwitz, el escenario de la mayor matanza de la historia humana: un millón cien mil seres humanos asesinados, incluidos más de doscientos mil niños. En su libro sobre Auschwitz, Laurence Rees, que lleva quince años investigando el nazis-

mo, no sólo ha utilizado la documentación aparecida en estos últimos años, sino que se ha valido de más de un centenar de entrevistas a supervivientes del campo y a sus verdugos nazis, quienes por primera vez hablan de sus experiencias.

¿Qué fue realmente Auschwitz? Según el autor del presente libro, no existió proyecto alguno del crimen impuesto desde arriba, ni ninguno que fuese ideado desde abajo y reconocido, sin más, por quienes llevaban las riendas del país. «Nadie conminó a los miembros del partido —escribe Rees— a perpetrar los asesinatos: estamos hablando, más bien, de una empresa colectiva compartida por miles de personas que decidieron por sí mismas no sólo participar, sino también aportar sus propias iniciativas con la intención de resolver el problema de cómo matar a seres humanos y deshacerse de sus cadáveres a una escala jamás concebida con anterioridad».

Hoy el hombre de la calle sigue albergando no poca confusión en torno al cometido de los diversos campos de concentración del estado nacionalsocialista. Laurence Rees aclara que los hay de tres tipos: recintos como Dachau que eran campos de trabajo, campos de exterminio como el de Treblinka, y complejos como

el de Auschwitz, el más tristemente célebre de todos, que evolucionaría para convertirse tanto en un campo de trabajo como en uno de exterminio, que a finales de 1940 se concretó en el Bloque 11. Desde el exterior, este Bloque presentaba el mismo aspecto que los demás barracones de ladrillo rojo repartidos en hileras por todo el recinto. Sin embargo, su función era diferente, y ninguno de los presos lo ignoraba. Dicho edificio era una prisión dentro de otra prisión: un lugar dedicado a la tortura y al asesinato. En el transcurso de los años 1941 y 1942 los nazis fueron perfeccionando los métodos del exterminio, desde el monóxido de carbono embotellado al ácido prúsico cristalizado, que se comercializaba, en latas, con el nombre de Zyklon Blausäure («ácido prúsico»).

Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz, asistió a las sesiones celebradas en el Bloque 11 con el uso del Zyklon B, y a continuación escribió que se sintió «aliviado» con el nuevo método de ajusticiamiento, que «evitaba» un «baño de sangre» innecesario. No podía estar más equivocado: el verdadero baño de sangre estaba a punto de producirse. En el transcurso de 1942, Hoess y sus colegas se hicieron merecedores de la peor reputación que nadie puede imaginar, al convertirse en los

autores de la creación de una fábrica de muertos. Los nazis se habían propuesto hacer algo que jamás había intentado ningún ser humano: exterminar de forma mecanizada a millones de personas de los dos sexos y todas las edades en cuestión de meses. Por horripilante que pueda resultar la analogía, habían instaurado, en principio, tres fábricas homicidas —Belzéc, Sobibór y Treblinka—, pero la máxima perfección para la llamada «solución final» la consiguieron en la cuarta: Auschwitz. Se trataba de auténticas fábricas ya que, al igual que sucede en cualquier operación industrial, todos los componentes debían estar perfectamente sincronizados si quería alcanzarse el objetivo último deseado por sus creadores. «El exterminio —escribe Rees— ya no tendría lugar en chalés especialmente adaptados, sino en instalaciones semifabriles capaces de llevar a cabo el exterminio a escala industrial». La historia humana conoce diversos episodios de matanzas a sangre caliente, pero aquí estamos ante lo que parece ser algo completamente nuevo: la cuidadosa creación de lugares en los que los seres humanos podían ser asesinados con absoluta sangre fría. «En los campos —comenta el mismo autor— las personas demostraban ser similares a la materia, que cambia de acuerdo